

DOMÍNGUEZ, Carmen Luisa; ÁLVAREZ, Alexandra. Marcadores en interacción: un estudio de marcadores en el español hablado en Mérida (Venezuela). *Revista Virtual de Estudos da Linguagem – ReVEL*. Ano 3, n. 4, 2005. [www.revelhp.cjb.net].

MARCADORES EN INTERACCIÓN: UN ESTUDIO DE MARCADORES EN EL ESPAÑOL HABLADO EN MÉRIDA (VENEZUELA)

Carmen Luisa Domínguez*
Alexandra Álvarez*

cldominguez@linguisticahispanica.org
alvarez@linguisticahispanica.org

Por poco que se considere la transcripción de datos de habla real, enseguida se nota que, en la oralidad, aparecen ciertas “piezas léxicas” que no parecen cumplir una función estrictamente sintáctica aunque, sin ellos, el mensaje no se articularía de la misma manera.

Estas “piezas léxicas”, evidentemente lexicalizaciones, han recibido muy variada denominación y su estudio puede comenzar por la selección de un nombre para estas unidades o, en todo caso, por la justificación del que escogemos. Igualmente, la definición de la categoría y la descripción de sus funciones es variada, así como lo es la subcategorización que de ello resulta.

En este trabajo, revisaremos brevemente estos aspectos teóricos, fundamentales para comenzar cualquier análisis de los que, en adelante, llamamos *marcadores discursivos* para considerar, a continuación, los datos proporcionados por el habla de 24 merideños,¹ grabados y transcritos para el *Corpus sociolingüístico* de esta ciudad, y presentar un tipo de estos marcadores, los que llamaremos desde ahora **MARCADORES DE INTERACCIÓN**.

* Grupo de Lingüística Hispánica - Universidad de Los Andes, Mérida-Venezuela.

Marcadores, conectores y operadores

Los marcadores del discurso han recibido muy variada denominación y han sido tratados como “formas vacías”, meramente “retardatorias” del discurso, y también como “muletillas”, mientras se ha estigmatizado su uso. Gili Gaya los llama *enlaces extraoracionales*; más recientemente se han llamado *marcadores discursivos* (Schiffrin 1987, Portolés 1998, Martín y Montolío 1998, Martín y Portolés 1999) o, también, *marcadores interaccionales* (Obregón 1985, Mostacero 1993), según se considere que su función preponderante proviene del rol sintáctico y textual de enlazar períodos; o porque se piense que su función consiste en la relación con los roles discursivos implicados en el habla; o bien, porque se supone que aquella se explica en la relación interpersonal entre los hablantes. También han sido llamados, por algunos autores (Briz 1998, entre otros), *marcadores metadiscursivos*, implicando con ello que estas unidades no cumplen función “proposicional” en el texto sino un rol externo al texto mismo.² La denominación tan solo deja ver ya puntos de vista diferentes y tradiciones analíticas distintas.

Por su parte, Luis Cortés Rodríguez, tras notar “cómo el código hablado habilita un buen número de formas para la función conectiva” revisa el modo como “dichas formas se mezclan y confunden en ocasiones con voces «vacías» de diversa naturaleza y, siempre, de difícil catalogación”, formas que de “muletillas” han pasado a ser “salvavidas en el naufragio del discurso humano” (1991: 28) y propone entonces distinguir entre *conectores*, el uso de estos como *muletillas* y los usos *expletivos* de estas mismas formas, esto es, entre los usos “apropiados” del conector, los usos “vacíos” o expletivos, y los casos en los que se hace un “empleo abundantísimo e inconsciente de uno de estos expletivos” (1991: 29), en cuyo caso se considerarán como “muletillas”.³

Antonio Briz se opone a esta visión pues, para él, “Nada redundante, nada expletivo es el valor de conectores como *y*, *entonces...*, que de forma reiterada aparecen como hilos tensores, nudos continuativos en el habla” (1998: 203-4), y propone considerar dos tipos generales de conectores: los *conectores pragmáticos*, que “no son solo enlaces de conexión enunciativa, sino marcas de la estructura de la conversación, de la progresión coherente de la misma”, los cuales “funcionan ya en el plano local, ya en el plano global de la

conversación como instrucciones de la actividad argumentativa de los interlocutores” (1998: 165-6); y los *conectores metadiscursivos*, o *metacomunicativos*, por los cuales se evidencia “el esfuerzo que un hablante oyente hace al producir, formular y, más aún, al intentar engarzar las partes de su discurso” (1998: 201). En este segundo grupo, el de los conectores metadiscursivos, Briz incluye, entre otros, *y, pues, entonces, o sea, es decir, primero... segundo, bueno, por cierto, como decía, ¿entiendes?, ¿no?, ¿ves?*, cuyas funciones “se dirigen, por un lado, al control y organización del mensaje conforme fluye o, por otro, al control de los papeles comunicativos y del contacto entre los participantes de la enunciación y de estos con el mensaje” (1998: 206-7). En ambos casos, se trata de marcadores que actúan como indicios de la labor de formulación que el hablante está realizando, el modo como este trata su proyecto textual, sus intenciones comunicativas y/o la relación interlocutiva en la que actúa.

Mucho más detallada y detallista es la clasificación que se presenta en Portolés (1998: 146) y, a partir de esta misma, la que se explica y razona en Martín y Portolés 1999. Estos autores explican su procedimiento como sigue:

Para la clasificación de los marcadores que se lleva a cabo en el presente capítulo, se han tenido fundamentalmente en cuenta las funciones discursivas que desempeñan las unidades analizadas. Dichas funciones vienen determinadas, en buena parte, por el significado de los marcadores. Pero más que intentar un ajuste estricto entre “propiedades semánticas” y “funciones discursivas”, hemos privilegiado el papel que los marcadores cumplen en la comunicación... (1999: 4080)

Martín y Portolés dedican el resto (casi la totalidad) del capítulo a la definición de los tipos y subtipos de marcadores apoyándose en la descripción de casos que, en su mayoría, provienen de la lengua escrita,⁴ y distinguen cinco grupos de marcadores que, a su vez, incluyen subtipos, a saber: los *estructuradores de la información* (entre los que se distinguen los comentadores, ordenadores y digresores), los *conectores* (subcategorizados en aditivos, consecutivos y contraargumentativos), los *reformuladores* (explicativos, de rectificación, de distanciamiento y recapitulativos), los *operadores argumentativos* (de refuerzo argumentativo o de concreción) y, por último, los *marcadores conversacionales* (que se distinguen funcionalmente en marcadores de modalidad epistémica, de modalidad deóntica, enfocadores de la alteridad y metadiscursivos conversacionales).

De esta manera, el conjunto de marcadores de los que nos ocuparemos aquí: *¿no?*, *¿ves?*, *¿(me) entiendes?*, *¿verdad?*, *mira / mire / mirá*, *fíjate / fíjese*, *oye / oiga*, *imagínate / imagínese*, *figúrate / figúrese*, a los que hemos reunido bajo el nombre genérico de MARCADORES DE INTERACCION, serían, para Briz, parte de los que este autor denomina marcadores *metadiscursivos* o *metacomunicativos*, cuya función, recordamos, puede ser, por una parte, la del control y organización del mensaje y, por la otra, “el control de los papeles comunicativos y del contacto entre los participantes de la enunciación y de estos con el mensaje” (1998: 206). Por su parte, para Martín y Portolés, se tratará del tipo *marcadores conversacionales*, y del subtipo *enfocadores de la alteridad*, es decir, apelaciones al interlocutor que tienen como objetivo llamar su atención y “atraerla a la esfera del hablante” (1999: 4181).

En busca de una definición

Enumerados y clasificados, los marcadores discursivos necesitan aún de una definición que los reúna como conjunto. En su muy citado estudio sobre los marcadores del discurso en inglés, Deborah Schiffrin presenta una definición que hace hincapié en una de las funciones de los marcadores, esto es, la función de colaborar en la coherencia del texto. Para esta autora los marcadores son “elementos secuencialmente dependientes que delimitan unidades del habla” (1987: 31) y destaca el interés de mantener la vaguedad del término “unidades del habla” pues una definición más precisa limitaría la consideración de los marcadores y su funcionamiento en el texto. Las “unidades del habla” serán entonces aquellas que puedan definirse por sus relaciones estructurales con otras unidades equivalentes en el texto, por sus relaciones cohesivas o por sus relaciones con la interacción lingüística.

Para José Portolés, por su parte, los marcadores del discurso

no contribuyen al significado conceptual de las intervenciones, ni a sus condiciones de verdad, pero sí a su procesamiento, esto es, a la realización de unas inferencias determinadas a partir de la relación entre lo dicho y el contexto. (1998: 22)

y, por este motivo, según el autor, los marcadores pueden definirse como sigue:

Los marcadores del discurso son unidades lingüísticas invariables, no ejercen una función sintáctica en el marco de la predicación oracional y poseen un cometido coincidente en el discurso: el de guiar, de acuerdo con sus distintas propiedades morfosintácticas, semánticas y pragmáticas, las inferencias que se realizan en la comunicación. (1998: 25-26) 5

En esta definición hay que notar dos términos utilizados para caracterizar los marcadores discursivos y su función. En primer lugar, el término *discurso*, que es utilizado para nombrar, por una parte, el texto como unidad lingüística, y, por la otra el texto como unidad interlocutiva, comunicativa, y más, el acto enunciativo que incluye el texto y las condiciones de su realización; en segundo lugar, en la definición de Portolés (y en la de Martín y Portolés 1999) resalta también la afirmación de que, en el caso de los marcadores, se trata de unidades invariables que tienen propiedades morfosintácticas, semánticas y pragmáticas diferentes entre sí, lo que equivale a decir que podemos categorizarlos de una manera más delicada que la simple enumeración, de acuerdo con su forma, distribución, significado y función(es); también, esto implica que son formas organizadas paradigmáticamente en la lengua y que representan opciones distintas para realizar funciones distintas.

A pesar de las dificultades que, como hemos visto hasta aquí, se presentan en la definición de los marcadores, conviene intentar una definición preliminar y comenzar el análisis de estas unidades. Así, sin que ello signifique que no pueda encontrarse una definición más adecuada, definiremos los marcadores como *el conjunto de elementos que, en el texto en situación, permiten conectar, organizar, señalar u orientar las relaciones textuales que lo sustentan como unidad lingüística y revelan los procesos de formulación e interlocución que tienen lugar.*

Marcadores de interacción

Los *marcadores de interacción* son quizá los que han recibido más atención en este ámbito. Estos son, sin duda, los que resultan más evidentes tanto para el oyente como para el analista puesto que, en todos los casos, se trata de una forma apelativa dirigida al

interlocutor y presentada en la correspondiente segunda persona gramatical; el interlocutor, por su parte, recibe la apelación y entiende que debe actuar a su vez (lo cual puede evidenciarse en la grabación por la presencia de una señal audible tal como *ajá, mjm, claro, sí, etc.*) así por ejemplo, en el corpus que consideramos en este trabajo tenemos 97 casos (de los 511 con este marcador), en los cuales *¿no?* obtiene una respuesta audible, como en el ejemplo siguiente:

hab.: ... los ladrones pues no le hicieron nada porque lo vieron pequeño, sin embargo no es tan pequeño *¿no?*
inv.: Mjm.
hab.: ... y entonces salieron del... del... de la... de la habitación... (1:12)⁶

Estos marcadores forman parte normalmente de un par de adyacencia iniciado por el hablante quien, apelando al interlocutor, espera su respuesta, verbal o no verbal. En todo caso, se solicita su colaboración en la configuración textual, tal como veremos enseguida. Es por esto que hemos llamado *marcadores de interacción* a este grupo de marcadores discursivos que, ciertamente, al aparecer como una apelación al interlocutor actúan como evidenciadores de la “alteridad” conversacional y, en muchos casos, permiten el “control de contacto” entre los hablantes, se trata pues de marcadores que funcionan en la interlocución directa y de ahí su fuerte propensión a aparecer únicamente en las formas orales de la realización de la lengua.

La bibliografía reciente sobre estas unidades es abundante y variada, sin embargo, nos ocuparemos aquí únicamente de nuestros antecedentes directos, esto es, los estudios existentes sobre los marcadores de interacción en el español venezolano, por cuanto describen la misma variedad lingüística que nos ocupa.

Obregón 1985 hace una revisión teórica amplia, desde la perspectiva funcional fundamentalmente praguense, en la intención de discernir su objeto de análisis. Su punto de vista, sin embargo, no se aleja mucho de la tradición que hace de los marcadores meros “rellenos” o continuadores de la línea sintáctica oral,⁷ esto es, la línea que se planifica localmente. En su opinión, el uso de los marcadores “no está regulado por reglas sintácticas (oracionales) ni morfológicas de la lengua, y su contenido semántico es determinado por hechos extralingüísticos” (1985: 23).⁸ Para Obregón, entonces, los marcadores tienen valor únicamente en la medida en que señalan la construcción dialógica, por esto todos son

llamados, *marcadores interaccionales*, y, en la medida en que reflejan el habla, también reflejan al hablante, de tal manera que su interés se centra en mostrar algunas variaciones dialectales o sociolingüísticas en el uso.

Por su parte, Mostacero 1993 sigue de cerca el punto de vista de Obregón, tanto en la denominación de los marcadores como en la perspectiva funcional, agrega a esta perspectiva, sin embargo, los desarrollos de la teoría funcionalista postpraguense y afirma, por una parte, que “Los marcadores interaccionales tienen una función esencialmente fática dentro de la comunicación” (1993: 27) y, por la otra, que estos pueden subcategorizarse de acuerdo con las funciones del lenguaje establecidas por Jakobson (cf. 1974) y también, con una reorientación de estas funciones según el esquema metafuncional de Halliday (cf., entre otros, 1985), para reducir entonces las “macrofunciones” de los marcadores a dos: la fática y la textual. Esta perspectiva que se acerca a nuestro punto de vista en este trabajo, no explica cabalmente, sin embargo, el funcionamiento de los marcadores en el discurso puesto que, siguiendo a Obregón, en este trabajo se enumeran los marcadores de la muestra y se caracterizan sociolingüísticamente en el uso de los niños maturinenses, pero no se discute la función específica que estos cumplen en la continuidad textual o en la conexión interlocutiva.

El habla de Mérida-Venezuela

Como hemos dicho arriba, nuestros datos provienen de la grabación y transcripción de 24 hablantes del *Corpus sociolingüístico de Mérida*, específicamente los que aparecen recogidos en la publicación *El habla de Mérida* (Domínguez y Mora). Estos 24 hablantes permitirían controlar la influencia, en el uso, de variables sociolingüísticas como edad, sexo y nivel socioeconómico, pero nosotros, en este trabajo, no atenderemos especialmente a estas pues nos interesa establecer, en primer lugar, cuáles pueden ser las variables lingüísticas que intervienen en el uso de los *marcadores de interacción*.⁹ De esta manera, consideraremos en primer lugar los marcadores en sí mismos, y tomaremos en cuenta únicamente aquellos que constituyen, como dijimos, una *apelación al interlocutor*. En

segundo lugar nos ocuparemos de establecer su posible función en el marco textual en el que aparecen.

Los resultados

La consideración de las formas de apelación al interlocutor en nuestro corpus dio como resultado la constatación de la presencia de los siguientes marcadores de interacción *¿no?*, *¿ves?*, *¿(me) entiendes?*, *¿verdad?*, *mira / mire / mirá*, *fíjate / fíjese*, *oye / oiga*, *imagínate / imagínese*, *figúrate / figúrese*. La simple consideración de estas formas evidencia que se trata de tres conjuntos diferentes y dedicaremos el resto de este trabajo a presentarlos.

En primer lugar encontramos las muy frecuentes formas interrogativas *¿no?*, *¿ves?*, *¿(me) entiendes?*, *¿verdad?*¹⁰ las cuales, como apelativas e interrogativas simultáneamente, evidencian que, como decíamos, se trata de pares de adyacencia, en este caso muy evidentes, que esperan una respuesta para ser completados. Algunas veces esta respuesta es lingüística y es audible, como en el ejemplo citado antes. Esto ocurre en el 19% de los casos en los que aparece *¿no?* y en el 25% de los casos con *¿ves?*. Otras veces, sin embargo, no hay señal que haya sido recogida por la grabación, sin que ello signifique que no haya habido respuesta. Este conjunto de marcadores comparte así un carácter estrictamente interpersonal si los consideramos, como hasta ahora, como apelaciones directas que deben ser respondidas.

La primera evidencia, sin embargo, hace ver coincidencias donde no las hay. Si se consideran los siguientes ejemplos encontraremos que algunas diferencias funcionales los separan. En efecto, parece tratarse de dos tipos de marcadores en este primer conjunto, por una parte, los que sirven para verificar la correferencia, por la otra, los que sirven para verificar la comprensión del argumento. En el primer tipo se incluiría *¿no?* y también *¿eh?* *¿ok?* (estos dos últimos no atestados en la muestra), en el segundo se encontrarían *¿ves?*, *¿(me) entiendes?*, *¿verdad?*, los cuales, como veremos, se ocupan de relacionar elementos que pueden resultar polémicos en la conversación y que necesitan una explicación, normalmente un ejemplo, la exposición de un caso, o la presentación de la causa o la

consecuencia de la tesis presentada por el hablante. Veamos algunos ejemplos y su explicación:

- (a) inv.: Cuénteme así de alguna experiencia...
hab.: Ay, las veladas que hacían, lo que se llamaban... como actos culturales ¿no? se llamaban veladas... (14:205)
- (b) inv.: ¿te hubiera gustado que te dieran... quizá más afecto?
hab.: Que me dieran más amor porque *¿tú sabes qué?... nosotras por lo general somos muy secas... ¿ves?*
inv.: *Mjm.*
hab.: ... este... cuando yo me fui con C. [su esposo], a mí me daba pena con C. que... yo decirle papi a él, a mí me daba pena... (2:26)
- (c) ... entonces dijeron y creyeron que era... para que... que era que lo había hecho la democracia, mentira, eso no hizo nada, no lo hubiera hecho... si hubiera... si hubieran sido... en los gobiernos de ahorita no lo hubieran hecho *¿me entiende?* bueno... ese es el turismo *¿verdad?* (11:175)
- (d) ... como él es un niño consentido entonces todo el mundo le da todo *¿ves? por eso* es que yo le digo a mi mamá que no debería con él hacer eso, porque lo que a él le están haciendo es un daño, no un bien *¿ves?*... (2:29)

En (a), *¿no?* aparece para verificar la referencia del grupo nominal *veladas*, un acontecimiento que el hablante juzga extraño a la experiencia del investigador y que, por lo tanto, merece ser explicado como una especie de “actos culturales”. Una vez verificada la referencia, pasa entonces a explicar cómo eran y cómo las recuerda. En los 511 casos encontrados en el corpus, *¿no?* aparece siempre en contextos similares.

Por su parte, en (b) y (c) encontramos otro tipo de verificación de la relación interlocutiva, no se trata en este caso de la referencia nominal sino del nexo argumentativo entre un elemento polémico que se presenta antes del marcador (en (b) *nosotras somos muy secas porque no nos dieron tanto amor*) y el comentario, generalmente explicativo de la consecuencia, que se presenta después del marcador (*cuando yo me fui con mi esposo me daba pena expresarle mi afecto*). Esta relación argumentativa se refuerza generalmente, en nuestros datos, con un conector sintáctico expreso, que coordina ambos elementos y los reúne en una relación causal o consecutiva que el marcador tiende a reforzar; esto es lo que sucede en el ejemplo en (d). Por su parte, en el ejemplo (c) se pone en evidencia que *¿(me) entiende(s)?* y *¿verdad?* parecen constituir un grupo homogéneo con *¿ves?*, en tanto aparecen para solicitar al interlocutor la comprensión de un argumento que, como decíamos, tiende a ser polémico.

El segundo grupo de marcadores incluiría las formas *mira* [tú] / *mire* [usted] / *mirá* [vos], *oye* / *oiga*, *fíjate* / *fíjese*.¹¹ Se trata en este caso de apelaciones mediante el uso de una forma verbal, siempre un verbo de percepción, siempre en imperativo. Son marcadores que llaman la atención del interlocutor sobre un aspecto del texto, generalmente consecuente al marcador, que constituye el punto central del texto. Los ejemplos siguientes nos permitirán mostrar más evidentemente el funcionamiento de este segundo tipo de marcadores:

- (e) inv.: Ay, écheme cuentos...
 hab.: ... los espantos, y en realidad existen.
 inv.: *Ajá*.
 hab.: *Miren*, yo les puedo a... decir a ustedes algo que me sucedió cuando estaba en Los Giros... (22:297)
- (f) inv.: Pero sí te gusta reclamar tus derechos.
 hab.: Sí, mis derechos... *mire*... estos días que hubo una broma de... del ventiocho... de los sucesos del ven... del año pasado... (6:101)
- (g) Eso es muy... *oye* qué bien (9:147)¹²
- (h) inv.: No, ya lo creo, es muy desagradable ¿no?
 hab.: Bastante... bastante... y... más aún cuando... cuando... *fíjate* que los cuerpos de seguridad no pudieron dar con ellos *pues*, eso refleja un poco también la... la falta de... no sé si de organización o de voluntad... (1:13)
- (i) ... ellos quieren... lograr eso también allá, en la parte de... de... Oriente ¿no?, y decían “bueno, nosotros aspiramos que de aquí a unos cien años *pues*, eso se pueda... eso sea un hecho”, entonces *fíjate*, esa gente [los japoneses]... está pensando de aquí a... cien años... (1:18)

En los ejemplos (e) - (i) aparece que, en estos casos, el marcador funciona como un orientador de la atención discursiva del interlocutor mediante la cual el hablante asigna relevancia al segmento que sigue. La distribución de este segundo grupo de marcadores nos permite incluso ratificar esta función orientadora de la atención pues encontramos estos marcadores en dos posiciones distintas y distinguibles, estas son: al inicio del turno (como en (e)) y en el interior de un turno (como en (f), (h), (i)). En las entrevistas semielicitadas como las que analizamos en este trabajo, el inicio del turno representa la orientación de la respuesta en el sentido individual del hablante, sentido que presumiblemente el investigador no conoce; por su parte, cuando encontramos estos marcadores en el interior del turno del hablante, este aparece para reorientar el tema que se está desarrollando, desarrollar un aspecto relacionado con este, o retomar un tema que se ha tratado antes en la misma

conversación y que se reintroduce ahora. Es lo que sucede, por ejemplo, en (h), donde *fijate* se encarga de reintroducir y resaltar el tema de la *eficiencia de los cuerpos de seguridad*, mencionado antes y que se desarrollará ahora; o bien en (i), donde el mismo hablante usa *fijate* para resaltar, focalizar, el sentido de la planificación de los japoneses, a quienes presenta como modelo de organización social y opuestos radicalmente al estilo venezolano de hacer.

El tercer grupo de marcadores de interacción está representado, en la muestra, por *imagínate / imagínese* y *figúrate / figúrese*. Consideramos que este grupo presenta la misma homogeneidad funcional que los anteriores puesto que, si consideramos su forma, encontramos que se trata de nuevo de verbos en imperativo, solo que esta vez los incluiríamos en el grupo de los verbos de proceso mental que incluyen el rasgo [+ proceso imaginativo]. La homogeneidad en la función de los marcadores que incluimos en este grupo también aparecerá a través de los ejemplos:

- (j) inv.: No tienes familia allá tampoco...
hab.: Sí tengo familia allá pero... *imagínate...* o sea, uno es una carga y uno no puede estar a expensas de esa cuestión ahorita... (3.46)
- (k) inv.: Claro, que no les empiezan a explicar desde lo básico sino ya hacer una muñeca de trapo [en la materia de Educación para el trabajo de la Escuela Integral]
hab.: Porque es que... yo... creo que la maestra no sabe hacer una muñeca de trapo... y así con bordados y eso, la otra vez un mantel de navidad ¿no? me pidieron una cantidad de material... para hacer un mantel de navidad, *figúrese usted*, lentejuelas, todo, que está tan caro, imposible que una niña pueda hacer todo eso. (14:207)

Los ejemplos que aparecen en (j) y (k) permiten ver que los “verbos de imaginación” solicitan al interlocutor que coopere en la configuración del marco de referencia en el cual debe incluirse la afirmación que se presenta antes del marcador. En (j) el hablante es un joven recién graduado en la Universidad de Los Andes que vive en Mérida y quiere hacer un postgrado que lo obligaría a irse a vivir en Caracas. En efecto, este joven tiene familia en Caracas, ahora bien, residir con su familia representa una opción no deseada si se piensa que uno constituye una carga para la familia o que, después de haber vivido de manera independiente, la familia constituye una carga para uno. El sentido específico se presenta cuando *imagínate* es parafraseado por el consiguiente *o sea, uno es una carga*. En (k), la hablante critica el método de enseñanza de las manualidades, que se hace depender de una cantidad de materiales, desproporcionada para la tarea de un

aprendiz, que no está relacionada luego con el adiestramiento en un método de trabajo pues, como expresa la hablante, ella cree que la maestra no sabe de eso, ni de muñecas de trapo ni de manteles de navidad. En el entendido de que todos (los venezolanos) conocemos un mantel de navidad típico, un mantel de navidad de esos de fieltro con apliques bordados en lentejuelas, que todos sabemos el trabajo que implica y que todos sabemos cuál es la cantidad de materiales necesarios para hacerlo, entonces *figúrese usted* todo ese trabajo, todos los materiales que se necesitan, *lentejuelas, todo*, lo caro que esto resulta, lo difícil que es hacerlo, máxime si se carece de la instrucción necesaria, y permita al hablante concluir: *imposible que una niña pueda hacer eso*.

Conclusiones

Si miramos estos tres grupos de MARCADORES DE INTERACCIÓN tenemos que concluir que, en efecto, se trata en todos los casos de marcadores que apelan al interlocutor, a su colaboración textual, bien sea señalando que “nos estamos entendiendo”, o bien colaborando en la orientación del tema o del marco en el cual este y su referencia se incluyen. Se trata, en todos los casos, de pares de adyacencia introducidos por el hablante que solicita una respuesta, verbal o no verbal, a su apelación. Son, en todos los casos, marcadores que evidencian el carácter interlocutivo de la conversación.

Esta condición de revelar la interlocución que tiene lugar y “monitorear” el canal interlocutivo ha hecho que, con frecuencia, estos marcadores sean reunidos bajo el calificativo común de “marcadores fáticos” (Pons 1998, Mostacero 1993, entre otros) y que se haya tomado en cuenta su función de “control de contacto” como la principal o la única que estos marcadores pueden cumplir. Ahora bien, una vez considerados nuestros datos, se impone revisar esta interpretación.

En efecto, evidencia como son de la metafunción *interpersonal* propuesta por Halliday, estos marcadores pueden recategorizarse según se relacionen preferentemente con un aspecto u otro del texto. Así, hemos visto que el primer grupo de marcadores considerados aquí (*¿no?*, *¿ves?*, *¿(me) entiende(s)?*, *¿verdad?*) relaciona, por una parte, a los hablantes entre sí y, por la otra, a estos con la referencia discursiva; verifican la

correferencia o la comprensión del argumento que el hablante está presentando y parecen relacionarse entonces también con la metafunción *ideativa* que se incluye en el sistema.

Por su parte, los marcadores que reunimos en el segundo grupo (*mira...*, *fíjate...*, *oye...*) orientan la organización temática y focalizan un aspecto que al hablante le parece relevante y quiere dar a entender de esta manera a su interlocutor, lo que los relaciona fundamentalmente con la metafunción *textual*.

Por último, los marcadores que apelan a la imaginación del interlocutor para que colabore en la creación de un marco de referencias tal que, en ese contexto, las afirmaciones del hablante sean pertinentes (*figúrate...*, *imagínate...*), pueden explicarse en relación también con la metafunción *ideativa*.

De esta manera se evidencia que, tanto en el nivel sintáctico (textual) como en el pragmático (discursivo), una de las características fundamentales de los marcadores discursivos en general, y de los que hemos considerado aquí en particular, es la de ser multifuncionales.

Referencias bibliográficas

1. BRIZ, Antonio. (1998). *El español coloquial en la conversación*. Barcelona: Ariel.
2. CORTÉS RODRÍGUEZ, Luis.(1991). *Conectores, expletivos y muletillas en el español hablado*. Málaga: Ágora.
3. DOMÍNGUEZ, Carmen Luisa, y Elsa MORA. (1998). *El habla de Mérida*. Mérida (Venezuela): Universidad de Los Andes.
4. HALLIDAY, Michael. (1985). *An introduction to functional grammar*. London: Edward Arnold.
5. JAKOBSON, Roman. (1974). Lingüística y poética. In: SEBEOK, T. (ed.). *Estilo del lenguaje*. Madrid: Cátedra.
6. GILI GAYA, Samuel. (1973). *Curso superior de sintaxis española*. Barcelona: Vox.
7. MARTÍN ZORRAQUINO, María Antonia y MONTOLÍO, Estrella. (1998). *Los marcadores del discurso, teoría y análisis*. Madrid: Arco Libros.

8. MARTÍN ZORRAQUINO, María Antonia, y José PORTOLÉS. (1999). Los marcadores del discurso. In: BOSQUE, Ignacio; Violeta DEMONTE. *Gramática descriptiva de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe.
9. MOLINER, María. (1994). *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos.
10. MOSTACERO, Rudy. (1993). La función de los marcadores interaccionales en niños de edad preescolar. *Tierra Nueva*, 7.
11. OBREGÓN, Hugo. (1995). *Introducción al estudio de los marcadores interaccionales del habla dialogada en el español de Venezuela*. Caracas: IUPC-Cillab.
12. PONS, Salvador. (1998). *Oye y mira* o los límites de la conexión. MARTÍN ZORRAQUINO, María Antonia; MONTOLÍO, Estrella. *Los marcadores del discurso, teoría y análisis*. Madrid: Arco Libros.
13. PORTOLÉS, José. (1998). *Marcadores del discurso*. Barcelona: Ariel.
14. SCHIFFRIN, Deborah. (1987). *Discourse markers*. Cambridge: University Press.

Notas

¹ Se trata de los 24 hablantes recogidos en la publicación parcial de este Corpus en *El habla de Mérida* (Domínguez y Mora 1998).

² Como puede inferirse de este comentario, para nosotros los términos *Discurso* y *Texto* denominan dos ámbitos diferentes, el primero el proceso del acto de habla, el segundo el producto lingüístico de este mismo acto.

³ El trabajo de Cortés Rodríguez presenta el análisis de datos reales del uso oral pues, tras estas definiciones, presenta una descripción del uso de los conectores y expletivos en una muestra de grabaciones a 36 hablantes de León (España), diferenciados según el sexo, la edad y el nivel sociocultural. Cortés categoriza el uso de acuerdo con estas variables externas y, también, según la posición y las funciones de los conectores.

⁴ Los escasos ejemplos de la lengua oral que presentan Martín y Portolés provienen del habla de Madrid (Manuel Esgueva, y Margarita Cantarero. (1981). *El habla de la ciudad de Madrid. Materiales para su estudio*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas) y, notoriamente, de una muestra de habla venezolana (Ángel Rosenblat y Paola Bentivoglio, coords. (1979). *El habla culta de Caracas. Materiales para su estudio*. Caracas: Universidad Central de Venezuela), donde se reúne una selección del corpus recogido en Venezuela para el proyecto de la Norma Lingüística Culta.

⁵ La definición que presentan el mismo Portolés y María Antonia Martín Zorraquino en 1999 es idéntica a la copiada en el texto (cf. 1999: 4057).

⁶ Indicaremos la procedencia de los ejemplos señalando la identificación del hablante y la página en la cual aparece el ejemplo citado en la publicación parcial del *Corpus sociolingüístico de Mérida* (Domínguez y Mora), como sigue 1:12, donde 1 es el número que identifica al hablante y 12 la página en la cual aparece el ejemplo.

⁷ Obregón asigna a los marcadores función parentética “por lo cual son eliminables sin alterar el mensaje en absoluto” (1985: 37).

⁸ Desde todos los puntos de vista, esta afirmación es discutible, pero la discusión teórica que implica no es nuestro objetivo en este trabajo.

⁹ Consideraremos en este trabajo únicamente las formas utilizadas por el hablante, independientemente de que se trate de formas de interacción lingüística y que, además, producen reacciones lingüísticas en el receptor, en este caso, el investigador.

¹⁰ Junto a este grupo, encontramos también otras formas: ¿(tú) sabes (por) qué? ¿cómo te digo?, las cuales, a pesar de su forma interrogativa en segunda persona, no son preguntas dirigidas al interlocutor, no esperan respuesta y parecen actuar en el texto con función retardadora (para la planificación lineal) antes que apelativa. Formarían conjunto preferentemente con otras formas como *este... e... y...*, en nuestro corpus.

¹¹ Es interesante notar que *fijarse*, con respecto a *mirar / oír*, mantiene, como marcador, el sentido original que tiene en la lengua, estos verbos se diferencian por el rasgo semántico [+ poner (prestar) atención], cfr. Moliner 1994.

¹² En las ochenta grabaciones que constituyen la muestra total del *Corpus sociolingüístico de Mérida*, este marcador aparece solo 11 veces.